



LECTIO DIVINA

IV semana del Tiempo Ordinario
Del 02 al 08 de febrero de 2020



Oración introductoria

Creo, Señor, pero aumenta mi fe; confié en Ti, Señor, fortalece mi esperanza; te amo, Señor, ayúdame a amarte cada vez más. Haz, Señor, que viva y muera en tu santa presencia; que duerma y me levante siempre en tu santa Voluntad.

Petición

Señor, dame tu gracia para consagrar toda mi vida a la extensión de tu Reino, también te pido tu ayuda para corresponder a mi llamado

Lectura de la profecía de Malaquías (Mal 3, 1-4)

Esto dice el Señor Dios: «Voy a enviar a mi mensajero para que prepare el camino ante mí. De repente llegará a su santuario el Señor a quien vosotros andáis buscando; y el mensajero de la alianza en quien os regocijáis, mirad que está llegando, dice el Señor del universo. ¿Quién resistirá el día de su llegada? ¿Quién se mantendrá en pie ante su mirada? Pues es como fuego de fundidor, como lejía de lavadero. Se sentará como fundidor que refina la plata; refinará a los levitas y los acrisolará como oro y plata, y el Señor recibirá ofrenda y oblación justas. Entonces agradará al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en tiempos pasados, como antaño».

Salmo (Sal. 23, 7. 8. 9. 10)

El Señor, Dios del universo, él es el Rey de la gloria.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb 2, 14-18)

Lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos. Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc 2, 22-40)

Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones». Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel». Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción -y a ti misma una espada te traspasará el alma-, para que

se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones». Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.

Releemos el evangelio

Beato Guerrico de Igny (c. 1080-1157)

abad cisterciense

1er sermón para la Purificación

«Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios»

«Tened en las manos las lámparas encendidas» (Lc 12,35). A través de este signo visible, demos muestras del gozo que compartimos con Simeón llevando en sus manos la luz del mundo... Seamos ardorosos por nuestra devoción y resplandecientes por nuestras obras, y junto con Simeón llevaremos a Cristo en nuestras manos... La Iglesia tiene hoy la costumbre tan bella de hacernos llevar cirios... ¿Quién es que hoy, teniendo en su mano la antorcha encendida no se acuerda del bienaventurado anciano?

En este día tomó a Jesús en sus brazos, el Verbo presente en la carne, como lo es la luz en el cirio, dando testimonio de que era «la luz destinada para iluminar a las naciones». Ciertamente que el mismo Simeón era «una lámpara ardiente y luminosa» dando testimonio de la luz (Jn 5,35; 1,7). Es para eso que, conducido por el Espíritu Santo del que estaba lleno, fue al Templo «para recibir, oh Dios, tu misericordia

en medio de tu Templo» (Sl 47,10) y proclamar que ella era la misericordia y la luz de tu pueblo.

Oh anciano irradiando paz, no sólo llevabas la luz en tus manos sino que estabas penetrado de ella. Estabas tan iluminado por Cristo que veías por adelantado cómo él iluminaría a las naciones..., cómo estallaría hoy el resplandor de nuestra fe. Alégrate ahora, santo anciano; hoy ves lo que tú habías previsto: las tinieblas del mundo se han disipado; «las naciones caminan a su luz»; «toda la tierra está llena de tu gloria» (Is 60,3; 6,3).

Palabras del Santo Padre Francisco

«María y José, jóvenes, encuentran a Simeón y Ana, ancianos. Todo se encuentra, en definitiva, cuando llega Jesús. ¿Qué nos enseña esto? En primer lugar, que también nosotros estamos llamados a recibir a Jesús que viene a nuestro encuentro. Encontrarlo: al Dios de la vida hay que encontrarlo cada día de nuestra existencia; no de vez en cuando, sino todos los días.

Seguir a Jesús no es una decisión que se toma de una vez por todas, es una elección cotidiana. Y al Señor no se le encuentra virtualmente, sino directamente, descubriéndolo en la vida, en lo concreto de la vida. De lo contrario, Jesús se convierte en un hermoso recuerdo del pasado. Pero cuando lo acogemos como el Señor de la vida, el centro de todo, el corazón palpitante de todas las cosas, entonces él vive y revive en nosotros.» (*Homilía de S.S. Francisco, 2 de febrero de 2019*).

Meditación

Dios, por el Amor que le tenía al Hombre, prometió enviarle un Salvador que le libraría de la esclavitud del pecado. Así pues, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo unigénito, Jesucristo, para que Él iluminara a aquellos que habitaban en tinieblas, les anunciara la salvación y les alcanzara la redención mediante su muerte y resurrección.

La «luz que alumbra a las naciones» (*Lucas 2, 32*), es la misma luz que emana del Corazón de Cristo, que por el inmenso amor que nos tiene, ilumina nuestras vidas, para que nos veamos libres de toda oscuridad y esclavitud que nos viene del pecado y podamos caminar de su mano al puerto seguro de la salvación.

Podríamos considerar nuestra vida como un caminar hacia Dios; caminar que requiere un esfuerzo constante y consciente de una meta deseada: el cielo; con una motivación clara: el Amor de Dios; y una entrega generosa de mi día a día, confiando en su Divina Providencia, que me ama y conoce qué es lo mejor para mí y para la salvación de mi alma.

Como a Simeón y Ana, el Señor quiere manifestarnos a través de Jesucristo su amor insondable y su misericordia eterna. Dejémonos guiar pues por su espíritu divino que santifica a todo aquel que le busca con sincero corazón.

Oración final

Te alabamos y Te bendecimos, oh Padre, porque mediante tu Hijo, nacido de mujer por obra del Espíritu Santo, nacido bajo la ley, nos has rescatado de la ley y has llenado nuestra existencia de luz y esperanza nueva.

Haz que nuestras familias sean acogedoras y fieles a tus proyectos, ayuden y sostengan en los hijos los sueños y el nuevo entusiasmo, lo cubran de ternura cuando sean frágiles, lo eduquen en el amor a Tí y a todas las criaturas. A Tí nuestro Padre, todo honor y gloria.

LUNES, 03 DE FEBRERO DE 2020

El encuentro redentor con Cristo.

Oración introductoria

Señor, cúrame de mis heridas, mis enfermedades y todo aquello que me aleje de Ti; ayúdame a reconocerte pecador y necesitado de tu gracia para poder vivir en carne propia tu amor y comunicarlo a los demás.

Petición

Señor, que no pase este día como si Tú no tuvieras nada que ver en mis decisiones, quiero responder a tu amor

Lectura del segundo libro de Samuel (2Sam 15, 13-14. 30; 16, 5-3ª)

En aquellos días, alguien llegó a David con esta información: «El corazón de la gente de Israel sigue a Absalón». Entonces David dijo a los servidores que estaban con él en Jerusalén: «Levantaos y huyamos, pues no tendremos escapatoria ante Absalón. Vámonos rápidamente, no sea que se apresure, nos dé alcance, precipite sobre nosotros la ruina y pase la ciudad a filo de espada». David subía la cuesta de los olivos llorando con la cabeza cubierta y descalzo. Los que le acompañaban llevaban cubierta la cabeza y subían llorando. Al llegar el rey a Bajurín, salió de allí uno de la familia de Saúl, llamado Semeí,

hijo de Guerá. Iba caminando y lanzando maldiciones. Y arrojaba piedras contra David y todos sus servidores. El pueblo y los soldados protegían a David a derecha e izquierda. Semeí decía al maldecirlo: «Fuera, fuera, hombre sanguinario, hombre desalmado. El Señor ha hecho recaer sobre ti la sangre de la casa de Saúl, cuyo reino has usurpado. Y el Señor ha puesto el reino en manos de tu hijo Absalón. Has sido atrapado por tu maldad, pues eres un hombre sanguinario». Abisay, hijo de Seruyá, dijo al rey: «Por qué maldice este perro muerto al rey, mi señor? Deja que vaya y le corte la cabeza». El rey contestó: «¿Qué hay entre vosotros y yo, hijo de Seruyá? Si maldice y si el Señor le ha ordenado maldecir a David, ¿quién le va a preguntar: “Por qué actúas así”?». Luego David se dirigió a Abisay y a todos sus servidores: «Un hijo mío, salido de mis entrañas, busca mi vida. Cuánto más este benjaminita. Dejadle que me maldiga, si se lo ha ordenado el Señor. Quizá el Señor vea mi humillación y me pague con bendiciones la maldición de este día». David y sus hombres subían por el camino.

Salmo (Sal 3, 2-3. 4-5. 6-8a)

Levántate, Señor; sálvame.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc 5, 1-20)

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos llegaron a la otra orilla del mar, a la región de los gerasenos. Apenas desembarcó, le salió al encuentro, de entre los sepulcros, un hombre poseído de espíritu inmundo. Y es que vivía entre los sepulcros; ni con cadenas podía ya nadie sujetarlo; muchas veces lo habían sujetado con cepos y cadenas, pero él rompía las cadenas y destrozaba los cepos, y nadie tenía fuerza para dominarlo. Se pasaba el día y la noche en los sepulcros y en los montes, gritando e hiriéndose con piedras. Viendo de lejos a Jesús, echó a correr, se postró ante él y gritó con voz potente: «¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? Por Dios te lo pido, no

me atormentes». Porque Jesús le estaba diciendo: «Espíritu inmundo, sal de este hombre». Y le preguntó: «¿Cómo te llamas?». Él respondió: «Me llamo Legión, porque somos muchos». Y le rogaba con insistencia que no los expulsara de aquella comarca. Había cerca una gran piara de cerdos paciendo en la falda del monte. Los espíritus le rogaron: «Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos». Él se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron del hombre y se metieron en los cerdos; y la piara, unos dos mil, se abalanzó acantilado abajo al mar y se ahogó en el mar. Los porquerizos huyeron y dieron la noticia en la ciudad y en los campos. Y la gente fue a ver qué había pasado. Se acercaron a Jesús y vieron al endemoniado que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio. Y se asustaron. Los que lo habían visto les contaron lo que había pasado al endemoniado y a los cerdos. Ellos le rogaban que se marchase de su comarca. Mientras se embarcaba, el que había estado poseído por el demonio le pidió que le permitiese estar con él. Pero no se lo permitió, sino que le dijo: «Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido misericordia de ti». El hombre se marchó y empezó a proclamar por la Decápolis lo que Jesús había hecho con él; todos se admiraban.

Releemos el evangelio

Beato Carlos de Foucauld (1858-1916)

ermitaño y misionero en el Sahara

Meditación sobre los Evangelios, nº 194

***“Vuelve a tu casa, junto a los tuyos
y anúnciales todo lo que el Señor ha hecho por ti”***

Cuando deseamos seguir a Jesús, no nos extrañemos si él no nos lo permite enseguida, o incluso si no nos lo permite jamás... En efecto, su mirada va mucho más lejos que la nuestra; y quiere no tan sólo nuestro bien sino el de todos...

Ciertamente compartir su vida, con y como los apóstoles, es un bien y una gracia, y debemos siempre esforzarnos para ser más y mejores imitadores de su vida. Pero esto es sólo una gracia exterior; Dios puede, colmarnos interiormente de gracia, hacernos mucho más santos incluso sin esta imitación perfecta. Puede, aumentando en nosotros la fe, la esperanza, la caridad, hacernos mucho más perfectos en este mundo, o en una orden [religiosa] mitigada, que lo seríamos en el desierto o en una orden austera...

Si Dios no nos permite seguirlo, no hay que asombrarnos de eso, ni asustarnos, ni entristecernos, sino decirnos que nos trata como al Geraseno y que por tanto, tiene razones sabias y escondidas. Lo que hace falta, es obedecerle y aceptar su voluntad. Por otra parte, posiblemente Jesús permitió algunos meses o años más tarde, que el Geraseno se uniera a los apóstoles.

Confiemos siempre, y en todas partes acerquémonos a Él con todas nuestras fuerzas y seamos, en todos los momentos, en todas las condiciones, tal como él mismo, si hubiera estado allí, se hubiera comportado, y si la voluntad del Padre le hubiera puesto allí tal como nos pone a nosotros... La verdadera perfección es hacer la voluntad de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Es importante no pensar en el tema “Vete a tu casa” como una simple invitación a volver. No penséis en la “casa” como algo cerrado y limitado. Por el contrario, todo camino dado por el Señor es siempre un andar misionero para contar “lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti”. No olvidéis que seguís siendo una minoría entre vuestra gente. Todavía hay una mayoría que tiene el derecho y está esperando escuchar el anuncio del Evangelio.

El mandato de Cristo, por lo tanto, sigue siendo urgente hoy para vosotros. Ahora os toca a vosotros construir una Iglesia-casa joven y alegre, llena de vida y de fraternidad. ¡Qué mediante vuestro testimonio los mensajes salvíficos de Dios lleguen al corazón de vuestros vecinos y compatriotas! ¡Siempre el testimonio nunca el proselitismo! “¿Cómo llevar a cabo esta tarea?”- podríais preguntarme. Os propongo estas tres características para vuestro testimonio en este tiempo: honradez, responsabilidad y optimismo. Las tres van acompañadas del discernimiento.» *(Video mensaje a los jóvenes de S.S. Francisco, noviembre de 2019).*

Meditación

El endemoniado, después de haber tenido una experiencia fuerte de la misericordia de Dios, se siente impulsado por el Espíritu Santo a seguir a Cristo más de cerca; podríamos decir como sacerdote, consagrado o monja pero, para su sorpresa y la nuestra, Él le dice que le tiene otra misión en la que puede compartir las maravillas que Dios ha hecho en su vida; él mismo, con su vida, ya es un ejemplo de lo que Dios puede hacer con un alma que se deja tocar por Él. Después de haber experimentado la misericordia de Dios, se convierte en testigo de este amor divino y discípulo del Señor en sus circunstancias ordinarias como su vida en familia, el trabajo, con la gente y sus amigos que trata todos los días.

Así es como el Señor quiere tocar nuestra vida hoy porque no hay pecador sin futuro ni santo sin pasado; lo que tenemos que hacer es dejarnos tocar por su gracia, que es un amor inmensamente tierno, porque Él es nuestro padre y nosotros, sus hijos queridos. Es difícil porque la acción de su perdón implica reconocer nuestras debilidades y pecados y, también, un morir a nosotros mismos porque, con el perdón de Dios, una parte de nosotros muere y nos convertimos en personas renovadas que se preocupan por comunicar a los demás las

maravillas de Dios que nos ha salvado, nos convertimos en apóstoles de la misericordia de Dios para que otros, también, puedan experimentar el amor de Dios y se extienda, así, su gracia entre los hombres.

Oración final

¡Qué grande es tu bondad, Yahvé!
La reservas para tus adeptos,
se la das a los que a ti se acogen
a la vista de todos los hombres. *(Sal 31,20)*

MARTES, 04 DE FEBRERO DE 2020
¡Habla con Jesús!

Oración introductoria

Jesús, Tú que eres hombre como yo, mírame y hazme sentir que me quieres de verdad, haga lo que haga, así como soy. Sólo Tú puedes hacer que yo sienta a Dios como mi Padre. En Ti puedo sentir la mano de Dios que me quiere tocar y sanarme. Haz que hoy me deje tocar y sanar un poco más por mi Papá Dios. María, ven, hazme compañía; sin ti no sería lo mismo.

Petición

Jesús, ayúdame a corresponder a tu amor y misericordia.

Lectura del segundo libro de Samuel. (2Sam 18,9-10.14b.24-25a.30-19,3)

En aquellos días, Absalón se encontró frente a los hombres de David. Montaba un mulo y, al pasar el mulo bajo el ramaje de una gran encina, la cabeza se enganchó en la encina y quedó colgando entre el cielo y la tierra, mientras el mulo que montaba siguió adelante. Alguien lo vio y avisó a Joab: «He visto a Absalón colgado de una encina». Joab cogiendo tres venablos en la mano, los clavó en el corazón de Absalón, que estaba aún vivo colgado de la encina. David estaba sentado entre las dos puertas. El vigía subió a la terraza del portón, sobre la muralla. Alzó los ojos y vio que un hombre venía corriendo en solitario. El vigía gritó para anunciárselo al rey. El rey dijo: «Retírate y quédate ahí.» Se retiró y se quedó allí. Cuando llegó el cusita, dijo: «Reciba una buena noticia el rey, mi señor: el Señor te ha hecho justicia hoy, librándote de la mano de todos los que se levantaron contra ti». El rey preguntó: «¿Se encuentra bien el muchacho Absalón?» El cusita respondió: «Que a los enemigos de mi señor, el rey, y a todos los que se han levantado contra ti para hacerte mal les ocurra como al muchacho». Entonces el rey se estremeció. Subió a la habitación superior del portón y se puso a llorar. Decía al subir: «¡Hijo mío, Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!» Avisaron a Joab: «El rey llora y hace duelo por Absalón.» Así, la victoria de aquel día se convirtió en duelo para todo el pueblo, al oír decir que el rey estaba apenado por su hijo. El ejército entró aquel día a escondidas en la ciudad, como se esconde el ejército avergonzado que ha huido de la batalla.

Salmo (Sal 85, 1-2. 3-4. 5-6)

Inclina tu oído, Señor, escúchame.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc 5, 21-43)

En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor y se quedó junto al mar. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, rogándole con insistencia: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva». Se fue con él y lo seguía mucha gente que lo apretujaba. Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de médicos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando: «Con solo tocarle el manto curaré». Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias, y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente y preguntaba: «¿Quién me ha tocado el manto?» Los discípulos le contestaban: «Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"» Él seguía mirando alrededor, para ver a la que había hecho esto. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había ocurrido, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad». Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?» Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe». No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegan a casa del jefe de la sinagoga y encuentran el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. y después de entrar les dijo: «¿Qué estrépito y qué llores son estos? La niña no está muerta; está dormida». Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: «Talitha qumi» (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate»).

La niña se levantó inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y quedaron fuera de sí llenos de estupor. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Discurso a los jóvenes de Chile, 02/04/1987

«La niña no está muerta, está dormida»

Queridos jóvenes, (...) El futuro de vuestra patria depende de vosotros. “De vosotros depende el futuro, de vosotros depende el final de este milenio y el comienzo del nuevo.” No permanezcáis pues pasivos; asumid vuestras responsabilidades en todos los campos abiertos a vosotros en nuestro mundo.” (...) ¡Asumid vuestras responsabilidades! Estad dispuestos, animados por la fe en el Señor, a dar razón de vuestra esperanza. (cf. *1P 3, 25*). (...) ¿Cuál es el motivo de vuestra confianza? Vuestra fe, el reconocimiento y la aceptación del inmenso amor que Dios continuamente manifiesta a los hombres. (...) Jesucristo, “el mismo ayer y hoy y por los siglos” (*Hb 13, 8*), continúa mostrando por los jóvenes el mismo amor que describe el Evangelio cuando se encuentra con un joven o una joven. Así podemos contemplar (...) la resurrección de la hija de Jairo, la cual –puntualiza San Marcos– “tenía doce años” (*Mc 5, 42*).

(...) De entre la muchedumbre sale Jairo, quien con franqueza expone al Maestro su pena, la enfermedad de su hija, y con insistencia le suplica su corazón: “Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva”. “Jesús se fue con él”. El corazón de Cristo, que se conmueve ante el dolor humano de ese hombre y de su joven hija, no permanece indiferente ante nuestros sufrimientos. Cristo nos escucha siempre, pero nos pide que acudamos a Él con fe.

(...) Todos los gestos y las palabras del Señor expresan ese amor. Quisiera detenerme particularmente en esas palabras textuales recogidas de labios de Jesús: “La niña no está muerta, está dormida”. Estas palabras profundamente reveladoras me llevan a pensar en la misteriosa presencia del Señor de la vida en un mundo que parece como si sucumbiera bajo el impulso desgarrador del odio, de la violencia y de la injusticia, pero, no.

Este mundo, que es el vuestro, no está muerto, sino adormecido. En vuestro corazón, queridos jóvenes, se advierte el latido fuerte de la vida, del amor de Dios. La juventud no está muerta cuando está cercana al Maestro. Sí, cuando está cercana a Jesús: vosotros todos estáis cercanos a Jesús. Escuchad todas sus palabras, todas las palabras, todo. Joven, quiere a Jesús, busca a Jesús. Encuentra a Jesús.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En esta página del Evangelio se entrelazan los temas de la fe y de la vida nueva que Jesús ha venido a ofrecer a todos. Entrando en la casa donde la muchacha yace muerta, Él echa a aquellos que se agitan y se lamentan y dice: “La niña no ha muerto; está dormida”. Jesús es el Señor y delante de Él la muerte física es como un sueño: no hay motivo para desesperarse. Otra es la muerte de la que tener miedo: la del corazón endurecido por el mal. ¡De esa sí que tenemos que tener miedo! Cuando sentimos que tenemos el corazón endurecido, el corazón que se endurece y, me permito la palabra, el corazón momificado, tenemos que sentir miedo de esto.

Esta es la muerte del corazón. Pero incluso el pecado, incluso el corazón momificado, para Jesús nunca es la última palabra, porque Él nos ha traído la infinita misericordia del Padre. E incluso si hemos caído, su voz tierna y fuerte nos alcanza: “Yo te digo: ¡Levántate!”. Es hermoso sentir aquella palabra de Jesús dirigida a cada uno de

nosotros: “yo te digo: Levántate. Ve. ¡Levántate, valor, levántate!”. Y Jesús vuelve a dar la vida a la muchacha y vuelve a dar la vida a la mujer sanada: vida y fe a las dos.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 1 de julio de 2018*).

Meditación

Papá Dios te quiere decir algo hoy. Tal vez puedes entrar en el pasaje del Evangelio y descubrir qué es lo que te quiere decir. Lee e imagina que estás ahí, como uno de los personajes. Puedes revivir este pasaje como Pedro o un discípulo de los que están junto a Jesús, y ver cómo reacciona cuando llega Jairo a pedir ayuda; cómo se va con él a sanar a su hija.

Puedes vivirlo como Jairo, y rogarle a Jesús por alguien que amas y que está sufriendo. Puedes vivirlo como la mujer que padecía flujo de sangre, que tiene algo que le pesa sobre los hombros y quiere que Jesús la cure, pero le da miedo decírselo. O como alguien de la multitud, que va siguiendo a Jesús y observa lo que Él hace.

Entres como entres al pasaje, deja que te hable. Si el ver o escuchar algo o alguien te despierta un sentimiento, habla con Jesús sobre ello. Si quieres irte y ya no saber nada de Jesús, díselo. Y si quieres, deja que Él se te acerque y te toque con su mano sanadora...

Oración final

Tú inspiras mi alabanza en plena asamblea,
cumpliré mis votos ante sus fieles.
Los pobres comerán, hartos quedarán,
los que buscan a Yahvé lo alabarán:
«¡Viva por siempre vuestro corazón!». (*Sal 22,26-27*)

MIERCOLES, 05 DE FEBRERO DE 2020
SANTA ÁGUEDA, VIRGEN Y MÁRTIR
El regalo de este momento

Oración introductoria

Señor, gracias por el regalo de estar aquí, ayúdame a estar con todo el corazón.

Petición

Jesús, aumenta en mí el deseo de ser verdaderamente santo.

Lectura del segundo libro de Samuel (2 Sam 24, 2.9-17)

En aquellos días, el rey David mandó a Joab, jefe del ejército, que estaba a su lado: «Recorre todas las tribus de Israel, desde Dan a Berseba, y haz el censo del pueblo, para que sepa su número». Joab entregó al rey el número del censo del pueblo: Israel contaba con ochocientos mil guerreros, que podían empuñar la espada y Judá con quinientos mil hombres. Pero después, David sintió remordimiento por haber hecho el censo del pueblo. Y dijo al Señor: «He pecado gravemente por lo que he hecho. Ahora, Señor, perdona la falta de tu siervo, que ha obrado tan neciamente». Al levantarse David por la mañana, el profeta Gad, vidente de David, recibió esta palabra del Señor: «Ve y di a David: así dice el Señor. “Tres cosas te propongo. Elige una de ellas y la realizare ». Gad fue a ver a David y le notificó: «¿Prefieres que vengan siete años de hambre en tu país, o que tengas que huir durante tres meses ante tus enemigos, los cuales te perseguirán, o que haya tres días de peste en tu país? Ahora, reflexiona y decide qué he de responder al que me ha enviado». David respondió a Gad: «¡Estoy en un gran apuro! Pero pongámonos en manos del

Señor, cuya misericordia es enorme, y no en manos de los hombres». Y David escogió la peste. Eran los días de la recolección del trigo. El Señor mandó la peste a Israel desde la mañana hasta el plazo fijado. Murieron setenta Y siete mil hombres del pueblo desde Dan hasta Berseba. El ángel del Señor extendió su mano contra Jerusalén para asolarla. Pero el Señor se arrepintió del castigo y ordenó al ángel que asolaba al pueblo: «¡Basta! Retira ya tu mano». El ángel del Señor se encontraba junto a la era de Arauná, el jebuseo. Al ver al ángel golpeando al pueblo, David suplicó al Señor: «Soy yo el que ha pecado y el que ha obrado mal. Pero ellos, las ovejas, ¿qué han hecho? Por favor, carga tu mano contra mí y contra la casa de mi padre».

Salmo (Sal. 31, 1b-2. 5. 6. 7)

Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos. (Mc 6, 1-6)

En aquel tiempo, Jesús se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: «¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos? ¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?». Y se escandalizaban a cuenta de él. Les decía: «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa». No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Exhortación apostólica “Redemptoris custos”, 22,23, 24

“¿No es el hijo del carpintero?”

Expresión cotidiana de este amor en la vida de la Familia de Nazaret es el trabajo... El que era llamado el “hijo del carpintero” había aprendido el trabajo de su “padre” putativo. Si la Familia de Nazaret en el orden de la salvación y de la santidad es ejemplo y modelo para las familias humanas, lo es también análogamente el trabajo de Jesús al lado de José, el carpintero... El trabajo humano y, en particular, el trabajo manual tienen en el Evangelio un significado especial. Junto con la humanidad del Hijo de Dios, el trabajo ha formado parte del misterio de la encarnación, y también ha sido redimido de modo particular. Gracias a su banco de trabajo sobre el que ejercía su profesión con Jesús, José acercó el trabajo humano al misterio de la redención.

En el crecimiento humano de Jesús “en sabiduría, edad y gracia” representó una parte notable la virtud de la laboriosidad, al ser “el trabajo un bien del hombre” que “transforma la naturaleza” y que hace al hombre “en cierto sentido más hombre”. La importancia del trabajo en la vida del hombre requiere que se conozcan y asimilen aquellos contenidos “que ayuden a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo y a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo, asumiendo mediante la fe una viva participación en su triple misión de sacerdote, profeta y rey”. Se trata, en definitiva, de la santificación de la vida cotidiana, que cada uno debe alcanzar según el propio estado.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Una multitud formada por individuos que solo miran sus propias necesidades sin darse cuenta de los demás y, por lo tanto, nunca descubren el sabor pleno de la vida. El individualismo impide la felicidad plena, porque excluye al otro del horizonte. Cuando sigo ciego ante el sufrimiento y la fatiga de los demás, en realidad estoy ciego ante lo que podría hacerme feliz: no se puede ser feliz solo. Jesús dice en el Evangelio con una frase lapidaria: “¿De qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?”.» (*Discurso de S.S. Francisco, 16 de marzo de 2019*).

Meditación

¿Cómo empezamos?, ¿dónde está la cruz?, ¿la cargamos? Nos quedamos en silencio esperando a que el Señor nos diga qué quiere que hagamos o a quién tenemos que perdonar. Esto está muy bien, y de seguro que el Señor nos va a responder a su debido tiempo. ¿Qué tal si nuestra cruz es estar en este momento de oración? De seguro tenemos muchas cosas que hacer; de seguro que hay cosas en nuestra vida que no entendemos y quisiéramos unas cuantas respuestas ya ahora.

Cristo, en este Evangelio, nos llama a unir toda nuestra vida a su sacrificio en la cruz. Por lo tanto, no hay ningún aspecto que no desee ver unido a Él. Jesús quiere ser el centro, el modelo y ejemplo de nuestra vida hasta en los detalles más pequeños. Y estar aquí es un momento muy importante que no está exento de cruz.

Cristo nos invita a tomar la cruz de cada día ahora, en este momento. A decir un primer «sí». Pongamos primero nuestros cansancios, la aburrición (si la hay) y las cosas que nos preocupan, en sus manos. Esta es la parte de *negarse a sí mismo*. Luego tomemos

nuestra cruz, es decir: digamos que «sí». Digamos que aceptamos estar cansados y preocupados, que todo vale la pena si podemos, aunque sea un minuto, estar con Él. Miremos qué hace: miremos cómo toma las preocupaciones y sonrío. Miremos cómo nos acompaña mientras camina.

Qué bueno sería que pudiéramos repetir este ejercicio cada vez que algo nos costara. Pero, aunque se nos olvide, Jesús está feliz de vernos en este momento aceptando su voluntad. Porque seguir la voluntad del Padre en el aquí y en el ahora, es lo más importante.

Oración final

¡Dichoso al que perdonan su culpa
y queda cubierto su pecado!
Dichoso el hombre a quien Yahvé
no le imputa delito,
y no hay fraude en su interior. *(Sal 32,1-2)*

JUEVES, 06 DE FEBRERO DE 2020
SANTOS PABLO MIKI Y COMPAÑEROS MÁRTIRES
Lo que significa ser enviado.

Oración introductoria

Dios mío, dame la gracia de despojarme de mí mismo, de mis caprichos y de mis seguridades para que, confiando plenamente en Ti, pueda ser enviado como los apóstoles a llevar a los hombres la salvación que Tú nos has ganado. Amén.

Petición

Jesús, aumenta en mí el deseo de ser tu discípulo y misionero.

Lectura del primer libro de los Reyes (1 Re 2, 1-4. 10-12)

Se acercaban los días de la muerte de David y este aconsejó a su hijo Salomón: «Yo emprendo el camino de todos. Ten valor y sé hombre. Guarda lo que el Señor tu Dios manda guardar siguiendo sus caminos, observando sus preceptos, órdenes, instrucciones y sentencias, como está escrito en la ley de Moisés, para que tengas éxito en todo lo que hagas y adondequiera que vayas. El Señor cumplirá así la promesa que hizo diciendo: “Si tus hijos vigilan sus pasos, caminando fielmente ante mí, con todo su corazón y toda su alma, no te faltará uno de los tuyos sobre el trono de Israel”». David se durmió con sus padres y lo sepultaron en la Ciudad de David. Cuarenta años reinó David sobre Israel; siete en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén. Salomón se sentó en el trono de David su padre y el reino quedó establecido sólidamente en su mano.

Salmo (1 Crón 29, 10be. 11abc. 11d-12a.)

Tú eres Señor del universo.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc 6, 7-13)

En aquel tiempo, Jesús llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevarsen sandalias, pero no una túnica de repuesto. y decía: «Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al

marcharos sacudíos el polvo de los pies, en testimonio contra ellos». Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban.

Releemos el evangelio

San Francisco de Asís (1182-1226)

fundador de los Hermanos menores

Primera Regla, §8-9

« No llevéis piezas de oro en la faja »

El Señor ordena en el Evangelio: Guardaos cuidadosamente de todo mal apego; evitad cuidadosamente las preocupaciones de este mundo y los cuidados materiales (*cf Mt 6,25*). Por eso ningún hermano, ya resida en una casa o esté de viaje, bajo ningún pretexto debe aceptar él mismo ni hacer recoger para sí ninguna pieza de oro ni moneda pequeña, y esto ni para comprar vestido o libros ni como salario por algún trabajo, ni bajo ningún pretexto, a no ser en caso de evidente necesidad para los hermanos enfermos. Porque ni el oro ni las monedas no debemos considerarlos de mayor utilidad o de más aprecio que las piedras. El diablo se ocupa de cegar a los que codician dinero o le conceden más valor que a las piedras.

Nosotros que lo hemos dejado todo, no vayamos a perder por tan poca cosa el Reino de los cielos (*Mc 10, 24.28*). Si en cualquier parte nos encontramos con alguna moneda o dinero, no le prestemos mayor atención que al polvo que pisamos con los pies: porque esto es vanidad de vanidades, y todo es vanidad (*Ecc 1,2*)... Todos los hermanos se esforzarán en seguir la humildad y la pobreza de nuestro Señor Jesucristo... Deben alegrarse cuando se encuentren entre gente de baja condición y despreciados, entre pobres e inválidos, enfermos y leprosos y mendigos de las calles. Cuando sea necesario irán a pedir en especies. Que no se avergüencen: sino que se acuerden de nuestro

Señor Jesucristo, el Hijo del Dios vivo todopoderoso..., que fue pobre y no tuvo cobijo, vivió de limosna él y la bienaventurada Virgen, y sus discípulos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La misión evangelizadora brota de la adhesión al regalo de la fe en Jesucristo, que recibimos por medio del Bautismo. Este don nos ha sido dado gratuitamente, se vive en el seno de la comunidad eclesial y gratuitamente lo anunciamos y compartimos con los demás. Es decir que lo vivimos en comunión “con todos” y somos enviados “para que llegue a todos”, sin excluir a nadie. Los animo a vivir estos días como una ocasión propicia para compartir y renovar juntos la fe y el compromiso apostólico, desde la dinámica de una Iglesia en salida, y que así puedan transmitir con valentía la esperanza y la alegría del Evangelio en cada uno de sus ambientes, teniendo en cuenta especialmente a los más necesitados y descartados de la sociedad.»
(Mensaje a los jóvenes, S.S. Francisco, noviembre 2019)

Meditación

1. Dios nunca nos envía solos.

En el evangelio, Jesús llama a los doce y los envía de dos en dos. Él no los envía a cada uno por su cuenta. El apóstol es, ante todo, un testigo del amor de Dios, y para que exista verdadero amor debe existir la comunión. Los discípulos son principalmente enviados en parejas para dar testimonio de fraternidad cristiana. El verdadero apóstol es aquel que predica el Evangelio en compañía de otros y para el bienestar de otros. La buena nueva no es un mensaje que se debe esconder o acaparar egoístamente para uno solo, esta debe ser expresión de comunión y fraternidad.

2. «Les mandó que no llevaran nada para el camino...»

La segunda cosa que Jesús le pide a sus apóstoles es que confíen plenamente en el Padre, quien proveerá por todas sus necesidades durante el camino. El auténtico discípulo tiene un corazón desarraigado de las cosas materiales y de las seguridades que el mundo ofrece, haciendo de Dios su única seguridad.

Dios no nos pide cosas imposibles. No les dijo a los discípulos que no comieran, o que no se vistieran. Lo que sí les pidió es que confiaran en Él y Él velaría por ellos. Dios quiere que le veamos como Padre, cercano, protector, cariñoso y cuidadoso.

3. Predicar la conversión.

La finalidad de ser un discípulo enviado es transmitir a otros la alegría de Cristo resucitado que ha venido a salvarnos de las ataduras de la muerte. Jesús confiere a los apóstoles el poder de expulsar demonios y de ungir y curar a los enfermos como signos de la llegada de la salvación. El apóstol es enviado a apacentar el rebaño de Dios, a saciar las almas que tienen sed de Él; eso es lo que significa ser enviado a predicar la conversión. No se trata de juzgar al pecador y amonestar a quien ha cometido el mal, por el contrario, se trata de ungir y curar a quien lo necesite, de modo que pueda volver a disfrutar del premio de la redención.

Oración final

¡Grande es Yahvé y muy digno de alabanza!
En la ciudad de nuestro Dios
está su monte santo,
hermosa colina,
alegría de toda la tierra. *(Sal 48,1-2)*

Oración introductoria

Que te pueda reconocer Señor en mis hermanos. Te pido la gracia de tener la valentía para ayudar a la gente que está en mi alrededor, aunque implique hacer cosas difíciles.

Petición

Señor, concédeme un corazón honesto y sincero que proclame tu verdad.

Lectura del libro del Eclesiástico. (Eclo 47, 2-11)

Como se separa la grasa en el sacrificio de comunión, así David fue separado de entre los hijos de Israel. Jugó con los leones como si fueran cabritos, y con los osos como si fueran corderos. ¿Acaso no mató de joven al gigante, y quitó el oprobio del pueblo, lanzando la piedra con la honda y abatiendo la arrogancia de Goliat? Porque invocó al Señor altísimo, quien dio vigor a su diestra, para aniquilar al potente guerrero y reafirmar el poder de su pueblo. Por eso lo glorificaron por los diez mil y lo alabaron por las bendiciones del Señor, ofreciéndole la diadema de gloria. Pues él aplastó a los enemigos del contorno, aniquiló a los filisteos, sus adversarios, para siempre quebrantó su poder. Por todas sus acciones daba gracias al Altísimo, el Santo, proclamando su gloria. Con todo su corazón entonó himnos, demostrando el amor por su Creador. Organizó coros de salmistas ante el altar, y con sus voces armonizó los cantos; y cada día tocarán su música. Dio esplendor a las fiestas, embelleció las

solemnidades a la perfección, haciendo que alabaran el santo nombre del Señor, llenando de cánticos el santuario desde la aurora. El Señor le perdonó sus pecados y exaltó su poder para siempre: le otorgó una alianza real y un trono de gloria en Israel.

Salmo (Sal 17, 31. 47 y 50. 51)

Bendito sea mi Dios y Salvador.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc 6, 14-29)

En aquel tiempo, como la fama de Jesús se había extendido, el rey de Herodes oyó hablar de él. Unos decían: «Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos y por eso las fuerzas milagrosas actúan en él». Otros decían: «Es Elías». Otros: «Es un profeta como los antiguos». Herodes, al oírlo, decía: «Es Juan, a quien yo decapité, que ha resucitado». Es que Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel encadenado. El motivo era que Herodes se había casado con Herodías, mujer de su hermano Filipo, y Juan le decía que no le era lícito tener a la mujer de su hermano. Herodías aborrecía a Juan y quería matarlo, pero no podía, porque Herodes respetaba a Juan, sabiendo que era un hombre justo y santo, y lo defendía. Al escucharlo quedaba muy perplejo, aunque lo oía con gusto. La ocasión llegó cuando Herodes, por su cumpleaños, dio un banquete a sus magnates, a sus oficiales y a la gente principal de Galilea. La hija de Herodías entró y danzó, gustando mucho a Herodes y a los convidados. El rey le dijo a la joven: «Pídeme lo que quieras, que te lo daré». Y le juró: «Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino». Ella salió a preguntarle a su madre: «Qué le pido?». La madre le contestó: «La cabeza de Juan el Bautista». Entró ella enseguida, a toda prisa, se acercó al rey y le pidió: «Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista». El rey se puso muy triste; pero por el juramento y los convidados no quiso desairarla. Enseguida

le mandó a uno de su guardia que trajese la cabeza de Juan. Fue, lo decapitó en la cárcel, trajo la cabeza en una bandeja y se la entregó a la joven; la joven se la entregó a su madre. Al enterarse sus discípulos fueron a recoger el cadáver y lo pusieron en un sepulcro.

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Declaración sobre la libertad religiosa, 11

Testigos de la verdad

Cristo dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino no se impone con la violencia, sino que se establece dando testimonio de la verdad y prestándole oído, y crece por el amor con que Cristo, levantado en la cruz, atrae a los hombres a Sí mismo. Los Apóstoles, amaestrados por la palabra y por el ejemplo de Cristo, siguieron el mismo camino... No por acción coercitiva ni por artificios indignos del Evangelio, sino ante todo por la virtud de la palabra de Dios. Anunciaban a todos resueltamente el designio de Dios Salvador, "que quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad". Pero al mismo tiempo respetaban a los débiles, aunque estuvieran en el error, manifestando de este modo cómo "cada cual dará a Dios cuenta de sí" debiendo obedecer a su conciencia...

Ellos defendían con toda fidelidad que el Evangelio era verdaderamente la virtud de Dios para la salvación de todo el que cree. Despreciando, pues, todas "las armas de la carne", y siguiendo el ejemplo de la mansedumbre y de la modestia de Cristo, predicaron la palabra de Dios confiando plenamente en la fuerza divina de esta palabra para destruir los poderes enemigos de Dios... Como el Maestro, reconocieron la legítima autoridad civil. Y al mismo tiempo no tuvieron miedo de contradecir al poder público, cuando éste se

oponía a la santa voluntad de Dios: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (*Act.*, 5,29). Este camino lo siguieron innumerables mártires y fieles a través de los siglos y en todo el mundo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El más grande terminó así, pero Juan sabía esto, sabía que debía aniquilarse. Lo había dicho desde el inicio, hablando de Jesús: “Él debe crecer, yo, en cambio, disminuir”. Y él se disminuyó hasta la muerte. Fue el precursor, el anunciador de Jesús, que dijo: “No soy yo, éste es el Mesías”. Lo hizo ver a los primeros discípulos y después su luz se fue apagando poco a poco, hasta la oscuridad de aquella celda, en la cárcel, donde solo, fue decapitado. Pero ¿por qué sucedió esto? No es fácil relatar la vida de los mártires. El martirio es un servicio, es un misterio, es un don de la vida, muy especial y grande. Y al final las cosas se concluyen violentamente, a causa de actitudes humanas que llevan a quitar la vida de un cristiano, de una persona honesta y hacerla mártir.» (*Homilía de S.S. Francisco, 8 de febrero de 2019, en santa Marta*).

Meditación

San Juan el Bautista era una persona que hacía la voluntad de Dios más allá de lo que los demás dijeran. Decía las verdades a quienes se las tenía que decir. Esta convicción y vivencia de la fe le venía de haber experimentado a Dios en su propia vida. Para nosotros este encuentro viene en diversas maneras de la de san Juan, pero su valor sigue siendo el mismo.

Una misa bien vivida, una charla, hablar con alguien de cómo solucionar los problemas que tenemos, un momento de oración en nuestra casa o en una iglesia, el ver un buen ejemplo que nos impulsa a hacer cosas buenas por los demás etc., en todas estas actividades o

experiencias hay una cosa muy simple que es el dejarse tocar por Dios teniendo la actitud de quererlo y Dios que nos sale al encuentro de muchas formas.

Las personas pueden notar cuando alguien está convencido de lo que cree. Este creer que se hace obras y no le interesa tanto lo que otros piensen porque sus ideales le llevan a hacer todo lo que esté en sus manos para seguirlos y actuar conforme a ellos como es el caso de san Juan. Herodes admiraba a Juan, pero no era capaz de profundizar esta admiración y ante la presión social hace lo impensable.

Parece que el fin de Bautista es trágico por su muerte y que ésta lo ha parado de hacer tanto bien con su predicación al punto que la gente creía que él era el mesías enviado por Dios para salvar a su pueblo, pero su memoria aún la recordamos y creemos que él aun nos puede ayudar, su vida no fue en vano porque sus ideales eran grandes e hizo un compromiso de vida con ellos.

Oración final

A ti me acojo, Yahvé,
inunca quede confundido!
¡Por tu justicia sálvame, líbrame,
préstame atención y sálvame! *(Sal 71,1-2)*

Oración introductoria

Dios mío, enséñame a amar como Tú me has amado.

Petición

Jesús, que esta oración sea alimento de mi vida, para que pueda dar a los demás, lo que escuche en este rato de oración.

Lectura del primer libro de los Reyes. (1 Re 3, 4-13)

En aquellos días, el rey Salomón acudió a Gabaón a ofrecer mil holocaustos sobre aquel altar, pues era aún el santuario principal. Aquella noche el Señor se apareció allí en sueños a Salomón y le dijo: «Pídeme lo que deseas que te dé». Salomón respondió: «Has actuado con gran benevolencia hacia tu siervo David, mi padre, porque caminaba en tu presencia con lealtad, justicia y rectitud de corazón. Has tenido para con él una gran benevolencia, concediéndole un hijo que había de sentarse en su trono, como sucede en este día. Pues bien, Señor mi Dios: Tú has hecho rey a tu siervo en lugar de David mi padre, pero yo soy un muchacho joven y no sé por dónde empezar o terminar. Tu siervo está en medio de tu pueblo, el que tú te elegiste, un pueblo tan numeroso que no se puede contar ni calcular. Concede, pues, a tu siervo, un corazón atento para juzgar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal. Pues, cierto, ¿quién podrá hacer justicia a este pueblo tuyo tan inmenso?». Agradó al Señor esta súplica de Salomón. Entonces le dijo Dios: «Por haberme pedido esto y no una vida larga o riquezas para ti, por no haberme pedido la vida de tus enemigos sino inteligencia para atender a la justicia, yo obraré

según tu palabra: te concedo, pues, un corazón sabio e inteligente, como no ha habido antes de ti ni surgirá otro igual después de ti. Te concedo también aquello que no has pedido, riquezas y gloria mayores que las de ningún otro rey mientras vivas».

Salmo (Sal 118, 9. 10. 11. 12. 13. 14)

Enséñame, Señor, tus decretos.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc 6, 30-34)

En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: «Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco». Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a solas a un lugar desierto. Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas.

Releemos el evangelio

San Antonio de Padua (1195-1231)

franciscano, doctor de la Iglesia

Sermón para la fiesta de san Juan Evangelista

***“Vengan ustedes solos a un lugar desierto,
para descansar un poco” (Mc 6,31)***

Si quieres venir a mí y encontrarme, sígueme y encuéntrame en un lugar apartado. Marcos escribe: “Vengan ustedes solos a un lugar desierto, para descansar un poco. Porque era tanta la gente que iba y

venía, que no tenían tiempo ni para comer” (*Mc 6,31*). Las pasiones de la carne, el tumulto de pensamientos que van y vienen en nuestro corazón son tales que no tenemos el tiempo de comer el alimento de la felicidad eterna ni de percibir el sabor de la contemplación interior.

Por eso nuestro Maestro pide: “Vengan a un lugar desierto”, apartados de la multitud ruidosa. “Solos a un lugar desierto”, en la soledad del espíritu y del corazón. “Para descansar un poco”. Un poco, ya que el autor del Apocalipsis relata “Se produjo en el cielo un silencio, que duró una media hora” (*Apoc 8,1*) y el salmo canta “¡Quién me diera alas de paloma para volar y descansar!” (*Sal 54,8*). Escuchemos al profeta Oseas: “Yo la amamantaré*, la llevaré al desierto y le hablaré a su corazón” (*Os 2,16*).

Las tres expresiones “amamantar”, “llevar al desierto” y “hablar al corazón”, designan las tres etapas de la vida espiritual: comienzo, progreso, perfección. El Señor amamanta al debutante, iluminándolo con su gracia para que crezca y progrese yendo de virtud en virtud. Lo conduce luego lejos de la agitación de los vicios y los pensamientos desordenados, hasta el reposo del espíritu. Una vez llevado a la perfección, habla a su corazón.

El alma gusta entonces la suavidad de la inspiración divina y puede librarse totalmente a la alegría espiritual. ¡Qué profundidad de devoción, admiración y felicidad en su corazón! Por la devoción, se eleva por encima de él, por la admiración es conducido hacia lo alto, por la felicidad es transportado más allá de él. (*“amamantaré”: “lactabo” el verbo latino puede significar amamantar o seducir.)

Palabras del Santo Padre Francisco

«En el centro del episodio evangélico que hemos escuchado está la “compasión” de Jesús. Compasión, una palabra clave del Evangelio; está escrita en el corazón de Cristo, está escrita desde siempre en el corazón de Dios. En los Evangelios, a menudo vemos a Jesús que siente compasión por las personas que sufren. Y cuanto más leemos y contemplamos, mejor entendemos que la compasión del Señor no es una actitud ocasional y esporádica, sino constante, es más, parece ser la actitud de su corazón, en el que se encarnó la misericordia de Dios.»
(Homilía de S.S. Francisco, 5 de octubre de 2019).

Meditación

Carlos y María son un matrimonio que tuvieron a su primer hijo cuando él estaba estudiando ingeniería y ella medicina. Eran jóvenes esposos que estudiaban, trabajaban y cuidaban a su pequeño hijo. Casi siempre estaban haciendo algo, siempre se estaban esforzando y dormían muy poco. ¿De dónde sacaban sus fuerzas? La respuesta la tenemos en el Evangelio de hoy.

Jesús desea ir a reposar con sus discípulos y, al final, termina enseñando, no una cosa sino muchas cosas, a las personas que se le acercaron. Si Jesús quería reposar, ¿de dónde saca las fuerzas? Este Evangelio lo podemos leer en una clave de sacrificio para hacer el bien. Así como Carlos y María duermen poco para cuidar a su hijo, Jesús no reposa por las personas que se le acercan. Pero debemos enfocarnos en otra cosa para ver el secreto de Dios, la fuente de sus fuerzas.

El Evangelio nos dice que Jesús se compadeció y luego se puso a enseñar. La misericordia de Jesús es su secreto. El secreto de Carlos y María es el amor que le tienen a su hijo; el secreto de Dios es su amor.

Porque el verdadero reposo de Jesús es amarnos, el mejor descanso de unos padres es estar con su hijo. Hoy podemos descubrir que la gran fuente secreta de Jesús es su amor.

¡Es hora de amar! Porque el verdadero reposo es acoger a las personas, el verdadero reposo es amar. Probemos el secreto de Dios y amemos para estar con Él. Cristo no reposa solo, está con sus discípulos. Solamente con un verdadero reposo un cristiano descansa con Cristo; solamente amando está con Dios amante. ¡Es hora de reposar! ¡Es hora de amar!

Oración final

¿Cómo purificará el joven su conducta?

Observando la palabra del Señor.

Te busco de todo corazón,

no me desvíes de tus mandatos. *(Sal 119,9-10)*